

IV

¡Patria!

(EN LA BAHÍA DE RÍO JANEIRO)

IENTRAS estábamos para bajar á la lancha de vapor que debía conducirnos al barco correo, brillando en nuestros ojos la alegría del regreso, se acercó á la comitiva un aldeano de cincuenta años, alto y pálido, de andar fatigoso y fisonomía anhelante, con un envoltorio bajo el brazo.

Era un emigrante lombardo, uno de aquellos innumerables desgraciados que los médicos de los barcos rechazan para evitar un muerto á bordo durante la trayesía del Océano; era un enfermo grave y habían rehusado admitirlo también porque en Río Janeiro había casos de fiebre amarilla, con lo cual el rigor era mayor aun que de costumbre.

Preguntó por el comandante, que estaba en-

tre nosotros; se lo enseñamos, y se acerco á él descubriéndose. Los ojos hundidos daban á su semblante el aspecto de aquellos pobres aldeanos sufridos y fieros, que causan más compasión que los otros, cuando se les ve suplicar; porque se comprende lo mucho que deben sufrir ó haber sufrido para cambiar su rostro de tal manera.

Pedía por gracia ser recibido á bordo. Venía del interior del Brasil, y aparentaba estar completamente aniquilado por larguísimo y penoso viaje, ambicionando tan solo volver á su pais. Aunque no lo decía, se adivinaba que quería partir á toda costa aquel día, porque se sentía morir, porque instintivamente comprendía que sus horas estaban contadas.

El comandante del barco le dijo que no.

El lombardo se golpeó la frente con la mano. Después empezó á rogar con voz trémula, hablando, ó mejor dicho, balbuceando rápidamente:

—Déjeme partir, señor comandante; déjeme partir. Colóquenme donde quieran. Enciérrenme; pagaré doble. ¡Cuando digo que me conformo á que me encierren! Échenme al agua si ven que la cosa va mal. Pero tengo necesidad de partir; tengo allá mi familia, que me espera; ¡los pequeñines... pago el doble, el doble; tengan compasión de mí, por amor de Dios!

Y después de un momento, exclamó con explosión:

—¡No me diga que no!¡No me diga que no! El comandante se encogió de hombros, y con verdadera amargura, pero resueltamente, volvió á indicar su negativa y enseguida saltó á la barca.

Entonces el aldeano se acercó á otro marino, y con voz afanosa, y cara y acento de hombre aterrado:

—Tenga misericordia de mí, señor—le dijo.
—Hable al comandante. Mi familia me espera.
Haga esta obra de caridad. No estoy tan mal y pagaré el doble; pagaré todo lo que quieran. ¿Es porque me ven medio muerto? No, no estoy tan mal. Diga una palabra; recomiéndeme, se lo suplico; le pido que no me abandone; debo volver á mi país; dígaselo así, ¡por amor de Dios!

La persona á quien habló le dirigió frases de consuelo y de resignación, manifestándole que era imposible llevarlo en aquel estado, y saltó también á la barca.

El aldeano saltó tras él, y dirigiéndose al cónsul, se le pegó sin quererse separar, volviéndole loco á fuerza de palabras inconexas relativas á su vida y sus sufrimientos. Había estado cuatro años en el Brasil; no tenía padres; estaba enfermo hacía algún tiempo; quería ir á cerrar los ojos á su país, rodeado de los suyos; perder el viaje en aquel día equivalía á morir en tierra extranjera, sólo, abandonado y en medio de la mayor desesperación. Hablaba, rogaba con voz suplicante, en actitud de acariciar, á los que tomaba como protectores, juntando las manos, interrogando alternativamente á unos y á otros, ora con palabras, ora con miradas que desgarraban el alma.

Todos se volvieron hacia el comandante. ¿Era

irrevocable la no admisión? ¿No era posible hacer una excepción en su favor?

Aquel rudo hombre de mar necesitó recoger en un punto toda su energía y hacer un esfuerzo para contestar:

-No; dijo por último, y volvió la cara á

otra parte.

El lombardo fue rechazado por un marinero y quedó fuera del tablon del puente, permaneciendo en tierra mientras la lancha de vapor empezaba á moverse.

El infeliz prosiguió suplicando, hablando precipitadamente, golpeándose el pecho con los puños, como para probar que todavía estaba

fuerte, y repetía sin cesar:

—No muero todavía, no me muero; déjenme partir ¡por amor de Dios! os juro que no me muero.

Pero ninguno de nosotros se atrevía á mirarlo. La barca se alejaba.

Oímos aún alguna vez aquellas desconsoladoras frases lanzadas al viento como gritos de angustia y de rabia...

Después no oímos más; todos callaban, profundamente conmovidos por aquella escena, y girando la vista alrededor como para arrancar del pensamiento la tristeza.

* *

La barca se deslizaba rapidísima sobre las transparentes aguas, presentándosenos ante la vista el maravilloso anfiteatro de Río Janeiro. Aquellos altos picos de formas parecidas á las montañas lunares; aquellos montes poblados de árboles gigantescos, reinas y emperadores de la vegetación; aquellas rocas aéreas, aquellos bosques melenudos, aquellos valles orlados de jardines, aquellas islas coronadas de palmeras, todo aquel panorama inmenso, desordenado, extraño, tan grande que la fantasía se pierde en el intrincado laberinto de sus variadas formas; tan bello, que casi deja en el espíritu un sentimiento de melancolía rayano en el dolor; todo esto llenaba nuestros sentidos y ocupaba nuestra mente.

Nos parecía arribar demasiado pronto al vapor, que ya humeaba, y apenas subimos á él nos colocamos en la borda, en medio de otros mil pasajeros, para contemplar la bahía «el arco triunfal de América».

Algunos amigos de Río Janeiro habían permanecido en la lancha, en cuya proa ondeaba la bandera italiana. Allí permanecimos no sé cuanto tiempo. El sol empezaba á trasponer. El cielo se teñía de carmín y rosa, la bahía de pálida púrpura, las grandes cimas cónicas parecían de coral, en el horizonte del Océano se extendía una franja de rojizas nubes...

Ya empezaba á saltar alegre la conversación entre nosotros y los amigos de abajo, cuando una voz dolorosa, siniestra, desoladora, jaquella voz! llegó de repente á nuestro oído:

—¡Déjenme partir! ¡Tengo familia! ¡Pago doble! ¡No me muero! ¡Lo pido por amor de Dios!

Apenas habíamos arrancado en la lancha, el infeliz aldeano se había lanzado en la barquilla de un negro, que lo transportó en menos de una hora, haciendo ambos esfuerzos sobrehumanos.

El comandante desde lo alto del puente, le

gritó:—¡Es imposible!

Pero entretanto el tenaz lombardo se había introducido entre las otras barcas y aferrándo-se á la cadena de la escala, seguía gritando frente á frente de un marinero que le cerraba el paso. Sus miradas afanosas se dirigían alternativamente al capitán, á nosotros, á los amigos de la lancha de vapor cuya bandera por rara coincidencia caía sobre su espalda. Y cruzaba las manos, se abrazaba á las piernas del marinero, besaba la bandera, señalaba al cielo, derramaba á borbotones un torrente de palabras, presa del vértigo:

-¡Mi país, mi familia, mis pequeñines; por

piedad, no me muero!...

Y la voz cada vez era más ronca, y los lamentos cada vez más de niño, y la mirada cada vez más de moribundo, y los gestos cada vez más de demente.

Desde el puente, y como si reuniese el capitán todas sus fuerzas en un grito supremo, partió estridente una voz de mando que decía:

-¡Arriba la escala!

Las cadenas crugieron con ayes lastimeros, y la escala se levantó. El desgraciado, cogido por un marinero, se vió obligado á sentarse en medio de su barca.

Entonces sucedió una cosa horrible: ¡rió!

Al punto se oyó el silbato que indicaba la partida.

Y desde la borda de tercera clase le gritaban al mísero lombardo:

—Animo hombre, ya harás el viaje cuando estés mejor; dentro de quince días hay otro barco...

Y alguna voz maldita salida de un cuerpo sin entrañas llegó á gritarle:

-¡Púrgate, púrgate!

Todavía lo vimos rehacerse y parecía que no comprendía nada, fijando la vista sucesivamente en la proa y en la popa de nuestro barco con muestras de estupor.

Movióse el buque. Colocóse en pie con ímpetu, cerró el puño y extendió el brazo en dirección al puente, en actitud de lanzar horrenda maldición. Luego sentóse de pronto en un banco de la barca, y apoyando el rostro entre las manos rompió á llorar.

Ya estaba lejos de nosotros y todavía lo mirábamos con los gemelos levantando y bajando los hombros como quien solloza con convulso movimiento... y le veíamos todavía con nuestro corazón oprimido.

Allá quedaba en medio de la bahía, con su inmenso dolor, sin que nadie confortara su ánimo... y á su alrededor todo sonreía, sonreía aquella inmensa belleza, sin piedad.

Cinco minutos después no era más que un punto negro; y un segundo más tarde, nada.

Se había perdido en aquella indefinida superficie de las aguas color de rosa.